

# Los desafíos demográficos de México en el siglo XXI / I

Rodolfo Tuirán

México experimenta en el nuevo milenio un proceso de cambio que implica transiciones múltiples en diversos ámbitos. En la economía tiene lugar un intenso proceso de reestructuración y modernización y está cambiando rápidamente la importancia relativa de los diferentes sectores en la generación del producto interno bruto.

En el plano político se advierte un proceso de renovación del pacto federal y de los sistemas electoral y de partidos, al tiempo que ocurren profundas reformas institucionales dirigidas a perfeccionar nuestra democracia.

En la esfera social es cada vez más notoria y amplía la participación ciudadana, lo que se refleja en el robustecimiento de formas y opciones diversas de organización que ponen de manifiesto la creciente complejidad de una sociedad con mayor capacidad para formular y sostener sus demandas. También ocurre una profunda y rápida transformación hacia una sociedad cada vez más urbana. Finalmente, la trayectoria seguida por las transiciones demográfica y epidemiológica sugiere que el crecimiento de la población continuará moderándose en el futuro, con una estructura "más entrada en años" y un perfil de morbi-mortalidad dominado por las enfermedades crónico-degenerativas.

No hay duda que el futuro de México dependerá, en buena medida, de la trayectoria seguida por estas transiciones cruciales. El país se encuentra a mitad de camino de las múltiples transformaciones y transiciones en curso y la conclusión de cada una de ellas todavía tomará algún tiempo. En esta perspectiva, la demografía es una de las dimensiones que le confieren una identidad inemplazable a la nación.

## **La transición demográfica**

La transición demográfica es un proceso por el que atraviesan o han atravesado casi todos los países del mundo y alude al tránsito de un régimen caracterizado por niveles de mortalidad y fecundidad elevados y sin control hacia otro de niveles bajos y controlados. Este proceso ha desempeñado un papel crucial en el conjunto de transformaciones económicas, sociales e institucionales experimentadas por el país en las últimas décadas.

México avanzó significativamente en el proceso de transición demográfica durante el siglo xx, hecho que se reflejó en el intenso crecimiento poblacional registrado durante las primeras siete décadas del siglo pasado, y más recientemente, en la desaceleración del mismo. Recordemos que el país estaba poblado por cerca de quince millones de habitantes en 1900; entre 1930 y 1950 casi se duplicó el tamaño de la población; requirió de sólo veinte años más para duplicarse nuevamente; y volvió a multiplicar por dos su tamaño inicial entre 1970 y 2000. En esta secuencia de ciclos, México ingresó al nuevo milenio con alrededor de 100 millones de habitantes, lo que colocó al país en la undécima posición entre las naciones más pobladas del orbe, por encima de 218 países, y probablemente mantendrá esa posición hasta mediados del presente siglo, de acuerdo con las previsiones de las Naciones Unidas.<sup>1</sup>

La transición demográfica en México empezó en la década de los treinta con la declinación pronunciada de la tasa de mortalidad, acompañada por una tasa de natalidad elevada y prácticamente

constante, lo que se tradujo en un rápido crecimiento natural de la población. Más tarde, a mediados de la década de los sesenta, se inició la siguiente etapa de la transición demográfica con la caída de la tasa de natalidad, lo que se expresó gradualmente en una desaceleración del crecimiento demográfico.

México seguirá avanzando en la transición demográfica en las próximas décadas y este proceso concluirá cuando se registren niveles bajos de mortalidad y fecundidad.

Si bien la idea de la transición demográfica ha sido empleada como una descripción generalizada del proceso de cambio por el que atraviesan las poblaciones, debe destacarse que este proceso dista de ser uniforme, tanto entre países como dentro de ellos. El examen de los perfiles y modalidades de la transición demográfica en un gran número de naciones muestra diferencias importantes en cuanto a su inicio o arranque, a la duración del proceso, al tiempo de desfase entre la declinación de la mortalidad y la fecundidad, y a la amplitud de las fluctuaciones en los niveles de sus tasas. Estas características del proceso de cambio determinan el número de veces que la población tiende a multiplicarse durante el paso del viejo al nuevo régimen demográfico.

En los países actualmente desarrollados, la transición demográfica se produjo de manera gradual: inició a finales del siglo xviii y continuó hasta mediados del siglo xx, es decir, requirió aproximadamente entre 150 y 200 años. Más aún, la tasa de crecimiento natural provocada por el desfase temporal entre la declinación de la mortalidad y la fecundidad fue del orden de 1.0 o 1.5%. En contraste, este proceso de cambio empezó más tardíamente y ha sido mucho más pronunciado y más rápido en los países en desarrollo, provocando que, al finalizar las fases iniciales de la transición demográfica, se registraran tasas de crecimiento de hasta 3.5% o incluso más, es decir, una tasa dos a tres veces mayor que en Europa occidental. Como consecuencia, las poblaciones de los países en desarrollo tendieron a duplicar su tamaño en plazos cercanos a 20 años antes de que se iniciara el descenso de la fecundidad, mientras que en Europa occidental esto ocurría en periodos de alrededor de 70 años.

### **La caída de la mortalidad**

Uno de los logros sociales más sobresalientes de México durante el siglo xx fue el notable descenso de la mortalidad, expresión de una significativa mejora en las condiciones generales de vida de la población. El paulatino abatimiento de las enfermedades infecciosas y parasitarias y la mayor concentración de las defunciones en las causas de origen crónico y degenerativo -estrechamente vinculados a la mayor supervivencia de la población- han ido ubicando al país en una etapa cada vez más avanzada de la transición epidemiológica. En México, el descenso de la mortalidad se inició lentamente durante la primera década del siglo xx, y se debió, en parte, a la instrumentación de medidas de salud pública y de control sanitario. Se estima que en el país la esperanza de vida al nacimiento a principios del siglo pasado se situaba en alrededor de 30 años, nivel registrado en Europa occidental a mediados del siglo xviii. En esa época, la población del país todavía pagaba un pesado tributo a las enfermedades de carácter infeccioso: de los diez principales padecimientos responsables de la mortalidad, ocho eran de ese tipo.

Al inicio de la década de los treinta -en un contexto de profundas reformas económicas, políticas y sociales- se inició una disminución rápida y sostenida de la tasa de mortalidad. En esa época, la esperanza de vida era de 36.2 años (35.5 para los hombres y 37.0 para las mujeres). La caída de la mortalidad fue particularmente pronunciada entre 1940 y 1960, cuando la esperanza de vida al nacimiento aumentó 17 años (de 41 a 58 años) cifra que equivale a una ganancia de 0.9 años por cada año calendario. Una ganancia similar en la esperanza de vida les llevó a los países desarrollados más de un siglo.

El descenso de la mortalidad durante los últimos 27 años también ha sido notable, aunque quizá menos espectacular. Entre 1974 y 2001 tuvo lugar un incremento de más de 11 años en la esperanza de vida al nacimiento, lo que equivale a una ganancia de 0.44 años en ese indicador por cada año calendario. Actualmente la vida media de los mexicanos asciende a poco más de 75 años (73.4 años la masculina y 77.9 años la femenina), es decir, alcanza más del doble de años que la de hace siete décadas, y está cada vez más cerca de las naciones con los mayores índices de supervivencia. El descenso de la mortalidad general ha sido de tal magnitud que la reducción

global del riesgo de fallecer, acumulada de 1930 a 2001, ha sido de 83.7% en los hombres y de 86.5% en las mujeres.

El descenso de la mortalidad infantil también ha ocurrido en forma muy acelerada, en comparación con la experiencia histórica de los países desarrollados. En 1930, 178 de cada mil recién nacidos fallecía antes de su primer año; en 2001, esta proporción fue de 24 por mil. El nivel actual de la mortalidad infantil significa que de cada cien defunciones infantiles que tendrían lugar, de prevalecer la mortalidad de 1930, se evitan 87.

En la mortalidad preescolar (uno a cuatro años) el cambio ha sido similar: por cada mil niños que alcanzaron un año de vida en 1930, 157 no lograba arribar a su quinto aniversario; en contraste, sólo ocurren 3.4 defunciones por cada mil en 2001. Esta reducción equivale a haber evitado durante al año actual alrededor de 98% de los decesos que habrían ocurrido de haberse mantenido el nivel observado en 1930, lo que demuestra que cada vez menos mujeres experimentan la muerte de un hijo(a) en sus primeros años de vida.

La mayor cobertura geográfica de los servicios de salud y su mayor penetración en los distintos grupos sociales, así como la mayor aceptación y práctica de la medicina preventiva, se reflejan en una importante reducción en el riesgo de morir por causas *evitables* (infecciosas, parasitarias, perinatales y maternas) y crónicas y degenerativas. De hecho, el peso de las enfermedades de tipo infeccioso en la mortalidad se ha reducido de manera considerable: hoy sólo una de las diez principales causas de muerte en México es de este tipo (neumonía e influenza). Asimismo las muertes ligadas a la reproducción han disminuido significativamente. En contraste, los padecimientos del corazón, junto con las neoplasias malignas, la diabetes mellitus y las enfermedades cerebro-vasculares se convirtieron en las causas de mortalidad más importantes en México.

El descenso de la mortalidad a lo largo del siglo pasado tuvo importantes consecuencias y profundas ramificaciones en distintos órdenes, tanto en la familia y la comunidad como en la sociedad en su conjunto. En los próximos años, la transición epidemiológica seguirá su curso, hecho que originará considerables transformaciones en los perfiles de salud-enfermedad-muerte de la población mexicana. Se prevé que entre los años 2000 y 2050 la esperanza de vida al nacimiento aumentará de 75 a 84 años, de acuerdo con las hipótesis planteadas por las proyecciones de población vigentes, lo que seguramente hará cada vez más usual la interacción de personas emparentadas entre sí, pertenecientes a cuatro o hasta cinco generaciones sucesivas.<sup>2</sup>

En los próximos años continuarán presentándose considerables transformaciones en los perfiles de salud de la población mexicana, con un predominio creciente de las enfermedades crónico-degenerativas, en estrecha relación con la tendencia al gradual envejecimiento demográfico de la población. Sin embargo, cabe destacar que si bien el desarrollo económico y social favorece la disminución de las enfermedades transmisibles, esta tendencia no es mecánica o lineal. El surgimiento de epidemias nuevas, como son algunas de las infecciones de transmisión sexual y el VIH/SIDA, son ejemplos de que algunas de ellas pueden ocasionar verdaderos estragos entre las poblaciones donde se propagan. La pandemia del sida, por ejemplo, había generado hasta el año 2000 cerca de 22 millones de defunciones en el mundo, y en los países más afectados su incidencia ha tenido como consecuencia una reducción de casi tres años en la esperanza de vida al nacer.

Las variables demográficas se encuentran profundamente interrelacionadas. El descenso de la mortalidad y las mejoras en los niveles de salud han sido factores fundamentales y aceleradores de la reducción de la fecundidad, al aumentar inicialmente el número de hijos sobrevivientes e incidir por esta vía en la transformación del marco de certidumbre de las parejas para planear la vida futura. A su vez, el descenso de la fecundidad ha contribuido a elevar los niveles de salud perinatal al propiciar patrones reproductivos más favorables. Así, por ejemplo, es sabido que:

- Un menor número de nacimientos reduce el tiempo que las mujeres están expuestas durante su vida al riesgo de complicaciones perinatales (de 63 meses con una fecundidad de siete hijos, a 18 meses con una fecundidad de dos).

- Una elevada fecundidad está relacionada con la mayor ocurrencia de embarazos en las edades extremas del periodo reproductivo. El embarazo en mujeres muy jóvenes -menores de 20 años de edad- y entre las mayores de 35 años presenta una mayor probabilidad de muerte

neonatal y perinatal.

- Una fecundidad elevada acorta el tiempo de espa-ciamiento entre los nacimientos, lo que se traduce en un menor periodo de recuperación física de la madre entre parto y parto, y una mayor "competencia" entre hermanos por los recursos del hogar para su crianza (lactancia, alimentos, atención médica y tiempo de los padres).

Estos patrones se reproducen claramente en los dos quinquenios comprendidos entre 1987 y 1996. Al compararlos, se observa un importante descenso en el riesgo de fallecer antes de cumplir el primer año de vida, salvo en el caso de la fecundidad juvenil (menos de 19 años) con un reducido periodo entre nacimientos (18 meses). Asimismo, sobresale la importante disminución de la tasa de mortalidad infantil en mujeres de fecundidad tardía (33 años de edad o más), lo cual pone de manifiesto los avances en la atención de los embarazos de alto riesgo.

### **El descenso de la fecundidad**

Con un desfase en el tiempo, la siguiente etapa de la transición demográfica se inició con la caída de la tasa de natalidad, reflejo del movimiento hacia un marcado predominio de las pautas valorativas que apelan al control individual de la capacidad reproductiva. Como resultado, durante las últimas tres décadas de este siglo disminuyó significativamente el número de hijos por familia y se redujo el tamaño de la misma.

Recordemos que las familias tenían alrededor de seis hijos a principios del siglo XX, e incluso su número llegó a incrementarse a más de siete en los años sesenta, mientras que en la actualidad el tamaño medio de la descendencia es de alrededor de 2.4 hijos. Asimismo, los patrones reproductivos emergentes son ahora mucho más favorables para proteger la salud de mujeres y niños, al disminuir los alumbramientos demasiado precoces, muy próximos entre sí, numerosos o demasiado tardíos, que como se sabe son un importante factor de riesgo para la salud materna e infantil.

En la explicación del descenso de la natalidad se ha puesto de relieve el papel desempeñado por el desarrollo económico, la urbanización y la industrialización, así como por el cambio cultural. Estas fuerzas de carácter macroestructural tienden a operar a través de muy diversos mecanismos, los cuales provocan profundas transformaciones en las pautas de procreación. Entre esos mecanismos destacan:

- El creciente recurso de los individuos y las parejas al cálculo económico como importante patrón de orientación de sus prácticas y conductas, incluidos los comportamientos demográficos.
- El balance cambiante de los costos y beneficios asociados a la reproducción, que tiende a reducir los incentivos económicos derivados de una prole numerosa.
- La creciente exposición de la población a la cultura y autoridad médicas, que crea las condiciones para legitimar prácticas de intervención consciente y planeada de los procesos biológicos.
  - La difusión de preferencias de familia pequeña.
  - El mejoramiento de la condición social de la mujer, los cambios en la organización familiar y las transformaciones en los papeles o roles de hombres y mujeres dentro y fuera de la familia.
  - El desarrollo de una infraestructura moderna de comunicación desde el punto de vista tanto de la integración territorial como de la expansión de la esfera de influencia de los medios de comunicación.
- No hay duda que, en la experiencia de los países en desarrollo, la adopción de políticas explícitas de población y planificación familiar contribuyó a acelerar este proceso de cambio demográfico.

El rápido descenso de la fecundidad en México ha sido el resultado de una compleja combinación de tendencias diferenciadas por paridad. Este proceso fue impulsado por las integrantes de varias generaciones que iniciaron sus intervalos de nacimiento -sobre todo las de paridades elevadas- a mediados y finales de los años sesenta, como consecuencia principalmente de la adopción de prácticas de limitación de los nacimientos.

Si bien la transición del matrimonio (o la unión) al primer hijo (primer intervalo) se ha mantenido estable en los últimos cincuenta años (alrededor del 95% de las mujeres tiene su primer

hijo en los cinco años iniciales del matrimonio), en la que va del primer al segundo hijo el porcentaje que cierra este intervalo (en los siguientes sesenta meses) desciende de 92% entre las mujeres que lo iniciaron en 1957, a 74% entre quienes lo comenzaron en 1989. Variaciones más notorias se encuentran entre las generaciones de mujeres que completaron la transición del segundo al tercer hijo en los siguientes cinco años (de 91% en 1960 a 59 en 1989). El mayor cambio en la intensidad se registró en el cuarto intervalo, disminuyendo de 89% de las mujeres que lo iniciaron en 1960 a 52% entre quienes lo comenzaron en 1989.

Puede decirse en términos generales que la transición de la fecundidad ha implicado reducciones significativas en la intensidad del segundo intervalo en adelante, especialmente entre las mujeres que iniciaron su fecundidad a mediados de los años sesenta. Aun cuando estas reducciones incluían inicialmente a mujeres de paridades elevadas, fueron seguidas pocos años después por mujeres de las paridades más reducidas.

Además del rápido descenso en la proporción de mujeres con paridades elevadas, el calendario de la fecundidad registró algunos cambios significativos, con excepción del primer intervalo. Utilizando la mediana como indicador del tiempo que les lleva a las integrantes de las cohortes transitar de un evento al siguiente, es posible advertir que la duración del matrimonio al nacimiento del primer hijo ha permanecido prácticamente constante desde los años cincuenta entre las distintas cohortes matrimoniales (alrededor de 13 meses). En los intervalos siguientes se observa un incremento de la duración de cada intervalo a partir de la década de los setenta. Los incrementos del calendario fueron de mayor magnitud en las paridades bajas. Así, por ejemplo, la mediana del segundo intervalo aumentó de 21.0 a 27.0 meses de principios de los años 70 a fines de los 80, mientras que para intervalos subsecuentes el aumento fue algo menor.

Se prevé que la fecundidad continuará descendiendo en los próximos años, gracias a la continua difusión de las prácticas de planificación familiar. Si se abate la demanda insatisfecha de servicios de planificación familiar en la próxima década (que en la actualidad comprende a cerca de 10% de las mujeres unidas en edad fértil), el descenso de la fecundidad podría ser incluso más marcado que la trayectoria prevista por la política de población, que establece un promedio de 2.1 hijos para el año 2005.

### **Desigualdad y transición demográfica**

A pesar de los innegables avances logrados, debe reconocerse que los extremos de la pobreza y la opulencia, observados y contrastados cotidianamente, se manifiestan en la existencia de variados regímenes demográficos en nuestro país. En la actualidad, las regiones y sectores sociales privilegiados se encuentran en una fase avanzada de la transición demográfica: exhiben niveles relativamente bajos de mortalidad, presentan una edad más tardía al momento tanto de contraer matrimonio como de dar a luz al primer hijo, y han incorporado la práctica de la anticoncepción con fines de espaciamiento y limitación de sus nacimientos. Este mismo patrón demográfico se ha extendido gradualmente hacia los estratos medios de la población.

En contraste, quienes pertenecen a las regiones y grupos sociales más pobres del país son también quienes establecen sus uniones conyugales y asumen la maternidad a edades más tempranas, tienen un mayor número de hijos, se enferman con mayor frecuencia y mueren más jóvenes que sus congéneres de los estratos o regiones más prósperas.

Así, entre los grupos que viven en situación de pobreza y pobreza extrema no sólo se ha visto retardado el proceso de transición demográfica, sino que su rápido crecimiento natural se entrelaza en una circularidad perversa con la situación de privación que padecen. Así, este patrón da lugar a la conformación de un círculo vicioso que tiende a perpetuar contrastes, rezagos y un esquema de desarrollo profundamente desigual.<sup>3</sup> Al mismo tiempo, la divergencia en las trayectorias reproductivas de grupos y regiones del país descarga de manera inequitativa el mayor peso de la reproducción social y demográfica sobre los estratos y regiones más pobres.

Estos tres regímenes se presentan tanto entre grupos como entre las entidades federativas y municipios del país, lo que se refleja en importantes contrastes sociales y regionales. Las diferencias en los niveles de mortalidad infantil son aún más marcadas a escala municipal: en el año 2000 oscilan de menos de 18 defunciones por mil nacidos vivos en las delegaciones más

urbanizadas del Distrito Federal a más de 66 por mil en algunos municipios de Guerrero (Metlatonoc), Veracruz (Tehuipango, Mixtla de Altamirano), Chihuahua (Batopilas, Morelos), Oaxaca (Santiago Amoltepec, Santa Lucía Miahuatlán, Coicoyán de las Flores) Chiapas (Chalchihuitán) y Puebla (Eloxochitlán, Hueytalpan). Cabe señalar que los niveles de mortalidad infantil en los municipios de mayor rezago son equivalentes a los que registraba el país hacia fines de los setenta.

En la fecundidad también persisten marcadas diferencias según grupos y regiones del país. La fecundidad en Baja California Sur, el Distrito Federal y Nuevo León es equivalente o menor al reemplazo intergeneracional (2.1 hijos por mujer), mientras que en Chiapas, Puebla y Guerrero se sitúa en alrededor de 3.0 hijos, que es un nivel semejante a la media nacional registrada hace menos de una década. Asimismo, todavía se aprecian -de acuerdo con los resultados del censo de población de 2000- unos cuantos municipios (19), principalmente rurales, donde el tamaño de la descendencia es similar a los niveles observados en el país en los años setenta (cinco hijos o más); cerca de 271 municipios con niveles de fecundidad semejantes a los registrados en el primer quinquenio de los ochenta (entre cuatro y menos de cinco hijos); y 893 municipios con niveles de fecundidad equivalentes a los que prevalecían en el país en el segundo lustro de los ochenta y el primero de los noventa (entre tres y menos de cuatro hijos).

Estas diferencias tan marcadas revelan la necesidad de poner más atención en la articulación de los programas de salud y planificación familiar con las estrategias más amplias de desarrollo social y de combate a la pobreza.

### **La migración internacional**

Al considerar los factores del cambio demográfico, no es posible dejar de considerar a la migración internacional. Como se sabe, el número de personas que en sus desplazamientos cruzan fronteras internacionales es cada vez mayor. Diversos factores hacen que segmentos cada vez más amplios de población respondan rápidamente a informaciones y oportunidades distantes que con frecuencia se originan más allá de las fronteras nacionales. Prácticamente ningún país o región del mundo escapa a la dinámica de las migraciones o pueden mantenerse ajenos a sus consecuencias. México no es la excepción y se constituye de manera simultánea como país de origen, destino y tránsito de diversos flujos migratorios.

La migración internacional no desempeñó un papel determinante en la dinámica demográfica del país en las primeras siete décadas del siglo xx. Por un lado, la inmigración no fue muy significativa; por el otro, la emigración de mexicanos hacia el exterior tampoco alcanzó cuantiosos volúmenes. Sin embargo, durante las últimas tres décadas del siglo pasado se registraron notables incrementos en los niveles de emigración hacia el vecino país del norte, fenómeno que a su vez no ha estado acompañado de un aumento significativo de la inmigración a México, lo que se refleja en un cuantioso saldo migratorio negativo con el exterior. Se calcula que entre 1970 y 1980 la pérdida de población fue de 1.20 a 1.55 millones; de 2.10 a 2.60 millones entre 1980 y 1990; y, entre 2.7 y 3.1 millones durante el último decenio. Como consecuencia de esta dinámica, se estima que la población nacida en México residente en Estados Unidos alcanza actualmente 8.5 millones, de los cuales más de tres millones son indocumentados. Si se incorporan en la contabilidad a los estadounidenses de origen mexicano, es posible afirmar que en la vecina nación del norte se encuentran establecidos alrededor de 23 millones de personas con estrechos vínculos consanguíneos con los residentes de nuestro país, quienes representan 8% de la población total de Estados Unidos y alrededor de 23% de la población de México.

El Conapo estima que en la actualidad cerca de cuatro millones de hogares mexicanos (alrededor de 18% del total) tenían familiares directos con algún tipo de experiencia migratoria en Estados Unidos (en el presente o en el pasado) o bien recibían remesas de ese país. Esta proporción varía ampliamente según la región de residencia. En las entidades que forman la región tradicional de emigración, la proporción se eleva a 37%, en el norte a 22, en el centro a 12 y en el sureste a 4 por ciento.

Estos datos confirman que el fenómeno migratorio no constituye un evento aislado o efímero en la vida de las familias mexicanas. Por el contrario, se hace presente a través de la migración

permanente o mediante el ir y venir de alguno o algunos de sus miembros a Estados Unidos durante muchos años. El alivio de las presiones migratorias dependerá en buena medida de una profunda transformación de las condiciones estructurales en las que opera el mercado de trabajo mexicano y de la reducción de las brechas económicas entre México y Estados Unidos.

Para modificar de manera significativa la situación vigente en el mercado de trabajo nacional, se requiere de un ritmo de crecimiento vigoroso, alto y sostenido durante varias décadas. Incluso con escenarios relativamente optimistas, la emigración hacia Estados Unidos proseguirá su curso en el corto, mediano y largo plazos, impulsada, entre otros factores, por la escala ya alcanzada y sus efectos acumulativos en el tiempo.<sup>4</sup> No hay duda que la fuerza de las cifras previstas exige identificar opciones de acción y soluciones integrales y de largo plazo, con el fin de ofrecer las oportunidades que requieren y demandan los mexicanos para que muchos de ellos no tengan que salir al exterior a buscar opciones de mejoramiento que no encuentran en el país.

Este fenómeno obedece principalmente a motivaciones vinculadas con la búsqueda de oportunidades laborales y de mejores ingresos y tiene raíces estructurales en ambos lados de la frontera. La existencia de una importante demanda de fuerza de trabajo mexicana en aquel país, las diferencias salariales, el excedente de fuerza de trabajo en México, la tradición migratoria secular y la operación de complejas redes sociales y familiares, son algunos de los factores que le dan a este movimiento un poderoso impulso.

El gobierno de México le ha asignado a la migración a Estados Unidos la mayor prioridad y promueve ante las autoridades del vecino país del norte, al amparo de un nuevo enfoque de *responsabilidad compartida*, que la movilidad y residencia de los nacionales mexicanos en Estados Unidos sea segura, digna, legal y ordenada.

### **Nuestro destino demográfico**

La trayectoria seguida por la fecundidad, la mortalidad y la migración internacional en las últimas tres décadas ha provocado profundas transformaciones en la dinámica demográfica y lo seguirá haciendo en los años por venir. En los próximos decenios, la población de México entrará de lleno y completará la última fase de la transición demográfica, encaminándose rápidamente a un crecimiento cada vez más reducido y a un perfil envejecido.

Tomando como base la trayectoria que asumen las proyecciones de población del Conapo, se prevé que la tasa de crecimiento natural (es decir, la diferencia entre la tasa de natalidad y la de mortalidad) declinará de 1.7% en la actualidad a 1.3 en 2010 y a 0.6% en 2030. Se anticipa que hacia el final del horizonte de proyección, por primera vez desde la culminación de la Revolución mexicana, se iniciará un ciclo de crecimiento demográfico fluctuante a tasas muy cercanas a cero o incluso ligeramente negativas. Con esta dinámica, la población mexicana registrará cerca de 112 millones de habitantes en el año 2010, 129 millones en el 2030 y 132 millones en el 2050.

Dado que los ejercicios de prospectiva no pretenden alcanzar una precisión absoluta, sino una previsión razonable, es costumbre construir escenarios adicionales, basados en premisas alternativas sobre la evolución de los componentes del cambio demográfico, con el fin de estructurar una posible franja dentro de la cual pueda variar el tamaño de la población mexicana futura. Los resultados de estos ejercicios nos indican que si se posterga hasta el 2015 o hasta el 2025 la meta de la política de población de alcanzar un nivel de fecundidad de 2.1 hijos promedio por mujer, prevista originalmente para el año 2005, el monto de la población mexicana al final del horizonte de proyección se elevaría a 141 millones bajo la primera premisa y a poco más de 150 millones bajo la segunda.

Para tener una idea del significado de este crecimiento en el contexto de las tendencias demográficas de largo plazo, conviene recordar que en el último medio siglo la población mexicana multiplicó 3.5 veces su tamaño inicial. En contraste, se prevé que en los siguientes 50 años lo hará en alrededor de 32%, según la proyección programática, o bien en 42 y 51%, como se desprende de los dos escenarios alternativos.

El tamaño futuro de la población mexicana dependerá de una amplia variedad de factores, entre los cuales destacan los siguientes:

*El impulso de un desarrollo dinámico e integral.* El inundo está marcado por la naturaleza y dimensión alcanzadas por el proceso de globalización. Las estrategias de desarrollo se han modificado en muchos países en respuesta a las oportunidades que ofrece y los requisitos que exige una mayor incorporación a la economía mundial, con el fin de obtener los máximos beneficios posibles. Sin embargo, la globalización e integración de los mercados no está exenta de riesgos, entre los cuales destacan la emergencia de nuevas fuentes de inestabilidad y el reforzamiento de las tendencias de exclusión. Frente a las condiciones que plantea el nuevo entorno, es preciso impulsar una visión integral del desarrollo nacional. Ello plantea, por un lado, la necesidad de asumir la responsabilidad de fincar las bases de un desarrollo social y humano y de un crecimiento con calidad; y por el otro, exige redoblar los esfuerzos encaminados a fortalecer el tejido social e institucional para desarrollar una sociedad democrática e integrada. Sólo por esta vía será posible superar los complejos retos que impone y las oportunidades que ofrece la demografía del país. Si la sociedad y el gobierno no están preparados para asumirlos, se corre el riesgo de que el país quede atrapado en complejos e irresolubles laberintos.

*La superación de las desigualdades del desarrollo.*

En las próximas décadas, el avance de la transición demográfica descansará sobre todo en los esfuerzos dirigidos a remontar el carácter excluyente y divergente de nuestro actual patrón de desarrollo.<sup>5</sup> Estas características se expresan, desde el punto de vista poblacional, en comportamientos demográficos marcadamente contrastantes entre grupos y sectores de la población. La superación de estos rasgos supone redoblar los esfuerzos dirigidos a ampliar las *capacidades y opciones* de todas las personas, porque resultan esenciales para que ellas puedan tener control sobre las decisiones clave de sus vidas y lleven a cabo sus proyectos de vida que tienen razones para valorar. En este sentido, puede decirse que la solución a los problemas de crecimiento y distribución territorial de la población -atados a menudo a los de justicia distributiva- exige dotar a las personas de las capacidades necesarias y de la "libertad de realización", prerequisites indispensables para tener control sobre las decisiones claves del curso de vida y para actuar con responsabilidad.

*El mejoramiento de la condición social de las mujeres.* La transición demográfica ha estado ligada de manera indisoluble al mejoramiento de la condición social de las mujeres. La población femenina logró cruzar durante el siglo xx muy diversas fronteras, de modo que en la actualidad han hecho suyos muchos territorios que antes les estaban vedados y cuyas dinámicas sociales les resultaban francamente hostiles. No hay duda que a ello contribuyó el notable cambio en las pautas reproductivas, expresado en un menor número de hijos por mujer, en intervalos más espaciados entre nacimientos y en una duración más limitada del tiempo dedicado en sus vidas a la crianza y al cuidado de los hijos. Los intentos de las mujeres por acceder a otros espacios, que son aún santuarios exclusivos de los hombres, están indicando los epicentros de las conquistas futuras. El avance de la transición demográfica dependerá en buena medida de una cada vez mayor autonomía, agencia y capacidad de decisión de las mujeres y de la velocidad con la cual sea posible remover los obstáculos que impiden su participación plena en la vida económica, social, política y cultural del país.

*La extensión y arraigo de una nueva y más sólida cultura demográfica.* Los esfuerzos educativos deben contribuir a aportar información, orientación, conocimientos y herramientas útiles a las personas, con el fin de promover en ellas la toma de decisiones libres, informadas y responsables en los planos de relevancia demográfica. Esta nueva cultura se siembra en la escuela, en el hogar y en nuestras principales instituciones sociales y contribuye a moldear la manera en la cual las personas perciben, procesan e interpretan cada una de sus elecciones y decisiones que las habilitan para conducir sus comportamientos demográficos.

Para seguir profundizando la transición demográfica es preciso, por lo tanto, que esas decisiones tengan anclaje en la información y en el conocimiento. La creciente exposición de la población a los medios de comunicación y a las redes y tecnologías de información está contribuyendo a difundir nuevas ideas, conceptos y tecnologías relacionados con la regulación de la fecundidad y la planificación familiar, así como a formar actitudes favorables hacia esta práctica. No hay duda que el avance de la transición demográfica se verá favorecido si en el proceso comunicativo las personas logran percibir las ventajas, beneficios y conveniencias de la previsión



y planeación de los eventos demográficos; si no les resultan difíciles de entender o utilizar; si estas prácticas son consistentes con sus valores, necesidades, convicciones y experiencias; y si sus resultados son palpables y visibles en el corto y el mediano plazos.

En suma, el ritmo e intensidad que siga la transición demográfica dependerá en buena medida de los avances que el país pueda lograr para superar las insuficiencias y desigualdades de nuestro desarrollo, para ampliar las capacidades y opciones de las personas, para brindarles más y mejores oportunidades a las mujeres a fin de que puedan participar plenamente -en condiciones de equidad con los varones- en la vida económica, social, política y cultural de país, y para brindarles a todas y todos por igual la información y los medios para anclar sus decisiones vitales en el conocimiento maduro de sus fortalezas, límites y posibilidades.

El avance de la transición demográfica -en interacción con otros cambios de naturaleza económica, social, cultural e institucional- seguirá trastocando de manera profunda la estructura del curso de vida individual, la conformación de los hogares y la organización familiar. Así, por ejemplo, el avance de la transición demográfica ahondará la disminución del tamaño promedio de las familias, y como en otros países que ya han completado o están completando la transición demográfica, también es previsible una transformación en las pautas nupciales y en los arreglos residenciales, lo que dará cada vez mayor impulso a la llamada *segunda transición demográfica*.

Todos estos cambios incidirán sobre los estilos de vida, la organización hogareña, las relaciones de género e intergeneracionales y en el capital social de los hoga-

res, modificando -de formas complejas, variadas y diversas- la densidad y naturaleza de las interacciones sociales. Todas estas expresiones, que ya empiezan a tomar fuerza desde ahora, demandan la instrumentación de un conjunto de acciones públicas oportunas, con el fin de apoyar a las personas y a las familias a hacer frente a las complejas consecuencias y ramificaciones que se derivan de estos procesos de cambio.

<sup>1</sup> No obstante el rápido e intenso crecimiento demográfico, la economía mexicana fue capaz de aumentar su tamaño más de cuarenta veces y quintuplicó su PIB *per cápita* en los últimos cien años. La creación de empleos y las notables mejoras en la educación, la salud, la vivienda y la provisión de servicios básicos, sobre todo a partir de la década de los treinta, fueron posibles gracias a los recursos generados por la economía. Basta señalar que el analfabetismo se redujo en ese lapso de ocho de cada diez adultos a menos de uno de cada diez, el número de escuelas en todos los niveles de instrucción se multiplicó 23 veces, y la matrícula del sistema educativo aumentó alrededor de 41 veces.

<sup>2</sup> El alargamiento de la supervivencia ha permitido que la "muerte" se considere hoy en día "cosa de mayores". En el ámbito familiar, el descenso de la mortalidad ha dado lugar a: 1) un aumento considerable del número de años que los matrimonios se mantienen intactos sin ser disueltos por la muerte de uno de los cónyuges; 2) una disminución significativa de la probabilidad de que los padres sufrieran la muerte temprana de uno (o más) de los hijos; 3) una reducción en la proporción de menores que experimentan la muerte de alguno de sus familiares más cercanos (padres, hermanos, primos, etc.), y 4) un incremento del "tiempo familiar" o del potencial de interacción de varias generaciones sucesivas emparentadas entre sí, lo que puede ejemplificarse mediante la supervivencia cada vez mayor de los abuelos durante la niñez, la adolescencia y la juventud temprana de los nietos.

<sup>3</sup> La condición de pobreza -al restringir el acceso de los individuos a la estructura de oportunidades y delimitar el espacio social y el entretendido de redes en las que participan- ejerce una profunda influencia en el comportamiento demográfico de los sectores marginados, retardando la transición de altos a bajos niveles de mortalidad y fecundidad.

<sup>4</sup> Un crecimiento económico sostenido relativamente elevado, de 5% anual en promedio durante los próximos tres o cuatro lustros, sólo será suficiente para generar el número de empleos remunerados que se requieren con el fin de absorber a los nuevos ingresantes a la fuerza laboral.

<sup>5</sup> Excluyente, porque deja fuera de su circuito un número importante de personas que no se ven favorecidas por el reparto ni la acumulación. Divergente, porque las diferencias entre beneficiados y excluidos se hacen cada vez más profundas.